

SALON DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES

Hace algún tiempo ya—varios años—he jurado, imitando la famosa imprecación de Catón: «Délenda Cartago», no escribir más sobre las exposiciones que se celebran en la «Sala Chile», que, por un curioso fenómeno de multiplicación, se compone de cuatro salas, sin lanzar mi anatema acotumbrado contra las pésimas condiciones de este local. Cumplido este juramento, no insistiré más en el presente artículo—para no ser majadero, sobre esta cuestión, sin embargo importantísima.

Pero, antes de penetrar al Salón para hacer el examen de las obras que figuran en él, deseo hacer una declaración: aunque nunca he pertenecido a la Sociedad Nacional de Bellas Artes de Santiago, he tenido siempre las relaciones más cordiales y aún amistosas con varios de los miembros de mayor prestigio de ella: por eso y también por ser enemigo de las polémicas, nunca quise mezclarme, ni pública ni privadamente, en los asuntos internos de esta sociedad y tampoco en los malentendidos y disenti- mientos entre los dirigentes de ella y otros grupos de artistas, dando lugar a pequeños choques que no son provocados por divergencias de ideales artísticos, sino por motivos más materiales y personales que, no por ser humanos, son menos mezquinos y desagradables: estos «choques» son, por lo tanto, perfectamente «chocantes» es el caso de decirlo y no pueden sino desacreditar ante el público al gremio entero de los artistas: es lo que he visto producirse siempre,

aquí, como en todas partes, cuando los desacuerdos asumen un carácter politiquero y odioso, en el cual las ideas y escuelas artísticas hacen un papel secundario, por lo menos a los ojos de las personas de buena fe y de sano criterio que tienen un temor y un horror justificados a los intereses creados». Dicho lo anterior, examinemos la situación actual tal como puede y debe juzgarla la *Revista de Arte*, órgano oficial de la Facultad de Bellas Artes, sin pasión como sin debilidad ya que serían en este caso, tan inadmisibles la una como la otra: La Sociedad Nacional de Bellas Artes ha sido creada en el año 1918, es decir hace exactamente veinte años: es difícil, por lo tanto, que pueda celebrar en el año 1938 su quincuagésima segunda exposición de Bellas Artes, como reza el catálogo del Salón de este año: más exactamente dice este catálogo «52^{ava}» (?). Sin embargo, es lo que insinúa esta indicación del catálogo, reivindicando para la Sociedad la organización de los Salones Oficiales de Bellas Artes de Santiago, durante más de medio siglo. La verdad es que todos aquellos salones, fueron celebrados bajo la tuición y supervigilancia de diversos organismos que se sucedieron con diferentes nombres y atribuciones, creados por los Ministerios competentes que también nombraban los miembros que los formaban. En aquellos tiempos la Sociedad Nacional no existía todavía.

Como es natural, desde que el Gobierno creó, hace diez años, la

Facultad de Bellas Artes, es a esta que pasó automáticamente todo lo que concierne las Bellas Artes y particularmente los Salones anuales oficiales que se celebran, en nombre del Estado y en un local que pertenece al Estado. El hecho de que las entidades competentes faciliten por algunas semanas, cada año, este local a una sociedad particular no significa que esta adquiera derechos ni pueda substituirse a la entidad encargada de los asuntos artísticos del país, cual es la Facultad de Bellas Artes. La cesión durante el mes de Septiembre de la Sala Chile, a la Sociedad Nacional de Bellas Artes es un favor hecho en pro de la buena armonía entre los artistas y para dar a estos mayores oportunidades para presentar sus obras al público. Por lo demás, los artistas saben que la Facultad que no quiere ni debe manifestar preferencias en cuestiones de tendencias y de escuelas, ofrece, por su misma organización las mayores garantías a todos los que se presenten a los *Salones Oficiales*, organizados por ella. He creído oportuno hacer, en la *Revista de Arte*, esta aclaración ya que puede prestar a equívocos el mentado Catálogo del Salón de la Sociedad Nacional al cual, por añadidura, se da el nombre de *Salón Nacional*, como si tuviera el monopolio de este *nacionalismo* y fuera más nacional que el que, en poco tiempo más abrirá la Facultad *oficialmente* en la Sala Chile.

Es tiempo ya de ocuparme de las obras presentadas en este Salón de la Sociedad Nacional de Bellas



Chela Lira



Carlos Bonomo

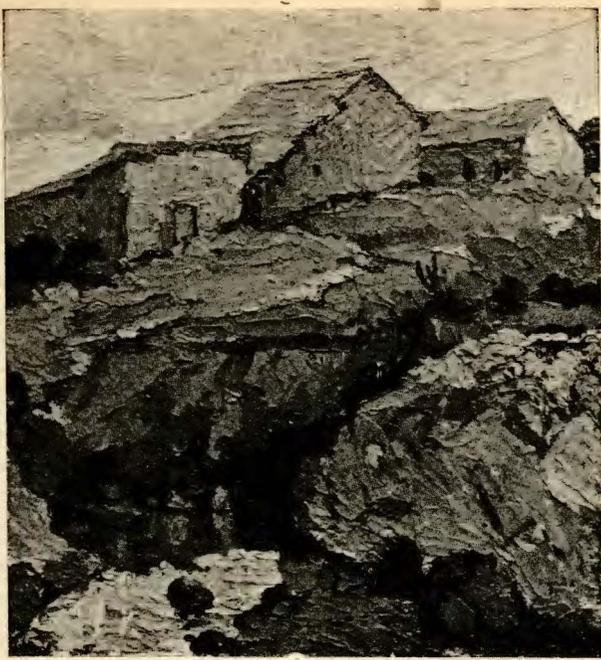


Ladislao Cseney



Ladislao Cseney

Retrato



Raúl Cabrera



René Tórero

Retrato



Benjamín Guzmán



Raquel Armanet

Auto-retrato

Artes, pero, para hacerlo de una manera seria y metódica y que pudiera ser de algún provecho para los lectores de la *Revista de Arte*, tropiezo en la misma dificultad que me molestó bastante el año pasado, al hacer la crítica del Salón de la Facultad de Bellas Artes: cuando vengan a ser publicadas estas líneas, hará tiempo que el Salón habrá cerrado sus puertas y, por consiguiente, los lectores no podrán controlar el

valor de mis observaciones sobre tales o cuales obras examinadas. Sin embargo, intentaré, después, de formular algunos comentarios sobre el Salón en general.

El aspecto de este Salón visto en general, como acabo de escribirlo, no es francamente hablando ni mejor, ni peor que el que ofrecieron otros Salones de la misma índole que lo han precedido: es un término medio bastante honroso que no presenta nada que

pueda formar escándalo por lo atrevido o novedoso, ni tampoco provocar entusiasmo especial. Sin embargo, lo que podría caracterizarlo es la aparición por primera vez, según creo, en un torneo artístico de esta importancia, de obras de algunos jóvenes artistas hasta hoy desconocidos que revelan verdaderas e interesantísimas condiciones artísticas y que, por consiguiente, si, como hay que esperarlo, sus autores siguen estudiando con seriedad, honradez y entusiasmo, pueden constituir una hermosa esperanza para el arte nacional, tanto más cuanto que algunas de estas obras, por el modo de interpretar la naturaleza, como por la ejecución pictórica son bastante personales y originales.

Como siempre, hay en este Salón cierto número de obras inspiradas por la Cordillera, lo que es muy natural en esta tierra que es tan soberanamente dominada por esta maravilla; pero el inconveniente de esta cantidad de paisajes cordilleranos es que se hace cada vez más difícil interpretarlos con originalidad y personalidad y, especialmente para los paisajistas que se han consagrado enteramente a la Cordillera, renovarse y variar su manera de interpretarla en sus diversos aspectos. Por eso es imposible para quien estudia este Salón, encontrar algo nuevo que decir de dichas obras.

En resumen si, como lo dije al principio, este Salón no ofreció nada de muy extraordinario, presentó un término medio bueno y bastante homogéneo y ha permitido a algunos artistas noveles darse a conocer en una forma que hace concebir muy buenas esperanzas para el porvenir artístico de ellos y, por ende, para el arte nacional...

RICHON-BRUNET.



"Magdalena con la vela"

Georges Latour